

Además, el papel de falsos profetas podía captarse alguna recomendación por su aparente semejanza con el ministerio de los profetas verdaderos, y no aparecerá tan difícil de comprender cómo los mismos judíos cayeron en tales errores y extravagancias.

Prohibía la ley bajo las penas mas severas el consultar todos estos vanos y ridículos charlatanes del porvenir. En los mejores dias de su reinado, y cuando seguia los consejos de Samuel, su maestro y amigo, Saul habia espulsado los magos y adivinos como una raza de hombres funestos, cuya ciencia ilusoria esparce el desorden en el seno de los Estados. Pero hay almas que se vuelven supersticiosas en su desgracia: debilitadas y heridas de vértigo, creen que todo lo maravilloso va á fijar sus irresoluciones y á conjurar el peligro que amenaza. Abandonados de los hombres, vendidos por las circunstancias, desconfiando en sí propios, fórmanse una prudencia nueva, y piden á las fuerzas ocultas de la naturaleza lo que ya no esperan, ni del curso ordinario de las cosas, ni de los prodigios de su propio valor.

Tenia Saul turbado el corazon por la fortuna brillante de David, y le sabia providencialmente destinado al trono. La inocencia y la futura grandeza de este rival se levantaban ante sus ojos como una vision importuna. David, desterrado entónces y fugitivo, podia creerse aún muy distante del dia en que triunfara su causa. Pero de repente se desvanecieron las dificultades imprevistas por una de aquellas vicisitudes de que tantos ejemplos ofrecen las cosas humanas. Los filisteos, sin cesar en guerra con Israel, se pusieron en movimiento: sus tropas reunidas vinieron á tomar posicion en Sunam, cubriendo toda la línea desde Afec á Jezrahel. Saul, por su parte, se apoderó de las alturas de Gelboe, que eran vecinas, y se extendió por el otro lado, frente á frente del enemigo, quedando separados los dos campos por el valle de Jezrahel. Al ver el ejército de los filisteos, Saul pareció olvidarse enteramente de haber manejado la espada con alguna gloria, y empezó á temblar con aquel miedo invencible que el cielo envía aun á las almas mas robustas, como el presentimiento de una próxima é

inevitable catástrofe. Estaban observándose mutuamente tres dias habia. Saul consultó á Dios. ¿Era esto una pusilánime curiosidad? Mas lo que Dios exige de la criatura inteligente es obrar con valor en lo presente, y no arrojar sobre el porvenir una ociosa mirada. ¿Era con el designio de conocer y seguir sinceramente las órdenes de lo alto? Pero hay amenudo en la vida de los hombres y de los pueblos un momento supremo en que toda su fortuna se dobla bajo el peso de las faltas pasadas: verdad es que á mas se les quita la libertad; pero ella entónces no halla en qué ejercer su actividad, sino bajo ingratas condiciones: en tales casos, el mundo asiste al espectáculo de una asombrosa caída. Porque lo que Dios abandona nadie puede salvarlo; y los destinos que precipita con su potente mano, nadie es bastante á detenerlos.

Cerrado estaba el cielo: ninguna voz habia descendido para responder á Saul. En su desaliento, pues, dijo á sus criados: «Buscadme una mujer que tenga el espíritu de Python: iré á consultar el espíritu por su medio, y sabré lo que me ha de venir.» A pesar de sus severas órdenes contra los adivinos, habia perdonado la vida á las mujeres, limitándose á prohibir el ejercicio de su arte. Respondiéronle sus domésticos: «En Endor hay una mujer que tiene espíritu pytóico.» Este lugar no distaba mucho del campamento. Al llegar á la cima del Thabor y mirando hácia el Mediodía, se descubre á la izquierda de Naím Endor y las alturas del Gelboe casi en un mismo radio. Saul, llevando consigo á dos hombres, se dirigió hácia el pueblo de Endor, despues de haber dejado sus vestiduras reales y tomado el traje de un particular, sin duda á fin de que la maga tuviera ménos reparo de entregarse al ejercicio de prácticas prohibidas por la ley y reprimidas por el monarca.

Llegó por fin el disfrazado rey en casa de la mujer: nada podia descubrirle, pues era de noche, y le dijo á la nigromántica: «Adivíname, por el espíritu de Pyton, y hazme parecer al que yo te dijere.» Pero respondió ella: «Sabes bien cuanto ha hecho Saul para estirpar de todo el país los magos y adivinos: ¿por qué, pues, vienes á armarme un lazo para hacerme perder la vida?» Mas su

interlocutor la animó, jurándole por el Señor, que no le vendría por ello mal alguno. Quería él á todo precio salir de su tenebrosa incertidumbre, como si la revelacion prematura de los gozes y de los dolores que aguardan al hombre, le permitiesen retardar á su sabor, ó precipitar el curso de los mismos. Y además, el anticipar los sucesos no es conjurarlos ni vencerlos; y el medio para prepararse provechosamente á lo que será, es poner con valor la mano á lo que es, y á los que en lo presente no hacen mas que deseos, el porvenir no traerá sino remordimientos.

La maga, contando ya sobre la impunidad prometida, preguntó á quién debía ella evocar. Acordóse Saul de Samuel, su protector y su consejero de otro tiempo: creyó con razon que la tumba no estaba sin eco, y que de una vida á la otra, los amigos podian comunicarse y responderse. La inmortalidad es un dogma de todas las religiones, porque es el derecho y la necesidad de todas las almas; y la creencia de los pueblos sobre este punto ha encontrado en la nigromancia misma una sombría pero enérgica expresion. Pues hay verdades que la ignorancia del espíritu desfigura un momento; pero que el respeto del corazon protege sin cesar, y que, á pesar de todo, arrojan en el horizonte de la conciencia humana, una especie de luz indestructible, como el resplandor del dia que las nubes atenúan, pero que no pueden sofocar.

Dijo el rey á la Pytonisa: «Evoca á Samuel.» Era una preocupacion comun en los antiguos, que al poder de las evocaciones mágicas, las almas de los muertos dejaban el lugar de su reposo, pero difícilmente y con dolor, y que era preciso calmarlos y obligarlos juntamente por el poder de los encantamientos. Los paganos, sobre todo, recurrían á prácticas extrañas ó crueles. Palabras prodigiosas, yerbas tristes y fúnebres, horribles bebidas, ritos ó ceremonias inauditas, derramamiento de sangre, huesos de cadáveres, todo esto era necesario algunas veces para despertar las almas dormidas en la muerte, y arrancarles una respuesta. Los mismos errores hicieron que penetrasen entre los hebreos, á corta diferencia, las mismas ceremonias. La Pytonisa confiaba sin du-

da en los secretos de su ciencia; y de otra parte la densa oscuridad de la noche y el espanto de Saul no podían dejar de ser muy favorables á la eficacia de sus prestigios. Arroja de repente un grande grito al ver la figura de Samuel. «¿Por qué me has engañado? Tú eres Saul.»—«No temas, respondió el príncipe, ¿qué es lo que has visto?»—«He visto como un Dios, que se levanta de la tierra, dijo la mujer, queriendo significar con estas palabras un personaje de aspecto majestuoso y terrible.»—«¿Y qué figura tiene? replicó Saul.» La Pytonisa respondió: «La de un varon anciano, cubierto con un manto.» Saul no dudó de que el ilustre profeta habia por el momento salido de entre los muertos, y se inclinó hasta tocar el rostro con la tierra para honrarle.

Entretanto se lamentaba el espectro de que se le hubiese turbado en su reposo. «¿Por qué me has inquietado, haciéndome levantar de mi sepulcro por medio de evocaciones?» Excusóse Saul, y respondió: «Me veo en los mayores apuros: los filisteos me han declarado la guerra, y Dios se ha retirado de mí, y no ha querido responder ni por sueños, ni por medio de profetas: á tí, pues, te he llamado para que me digas lo que debo de hacer.» Entónces respondió la voz: «A qué viene el consultar conmigo, cuando el Señor te tratará en efecto como te predije yo de su parte: arrancará de tus manos el reino para trasferirlo á David, tu yerno, por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignacion de su ira exijia contra los de Amalec. Por esto te envia Dios lo que estás ahora sufriendo. Y hasta abandonará á Israel, como á tí mismo, á la espada de los filisteos. Mañana tú y tus hijos, estaréis conmigo en la mansion de la muerte, y el campo de Israel quedará tambien entregado al furor de los enemigos.» Nadie podia hacerse ilusion acerca del porvenir de Saul: bien sabia él cuán justas eran las inculpaciones que le hacia su antiguo amigo; y sin duda que al consultar á Samuel, esperaba mas bien oír funestas amenazas que prevenir un castigo merecido. Porque un príncipe, maldecido públicamente de Dios en una república teocrática, aun cuando no se hubiese visto abandonado por la mi-

tad de sus vasallos, y poseído del miedo en el momento de batirse contra un enemigo fuerte y decidido, estaba en vísperas de una ruina inevitable. En efecto, el dominio supremo, la acción inmediata de Dios se dejaba sentir en los destinos sociales del pueblo hebreo, é imprimía una dirección en toda su conducta, y hasta puede decirse que tal era el carácter propio y distintivo de su constitución política. Desde que el poder insultaba con descaro á las leyes, hombres investidos de una misión transitoria y alguna vez permanente, venían á levantar contra él el pendón de una oposición sagrada; y si bien sus consejos no eran siempre seguidos, nunca resultaron vanos sus oráculos. Así, cuando Saul desconoció las órdenes precisas de Dios, cayeron sobre su cabeza palabras de reprobación, y se le dió en la persona de David un rival y un sucesor: y desde aquel momento ya podía asegurarse que desaparecería cuanto ántes en alguna formidable crisis; como un árbol á quien derribará el viento de mañana, porque hoy ha sido herido por un rayo.

Sea como fuere, prevista ó no la respuesta del profeta, lo cierto es que produjo en Saul un prodigioso efecto. Sobrecogido por la mas viva emoción, pálido y despavorido, faltáronle las fuerzas, porque no habia tomado alimento en todo aquel dia: cayó, pues, en tierra casi sin sentido. La Pytonisa acudió donde él estaba, y le dijo: «Ya ves que tu esclava te ha obedecido, exponiendo mi vida y dando crédito á tus palabras; ahora, pues, escucha también la voz de tu sierva, y permite que te ponga delante un bocado de pan, para que comiendo recobres las fuerzas y puedas regresar á tu destino.»—«Nó, yo no comeré,» contestó Saul en su profundo abatimiento. Sin embargo, á vivas instancias de sus dos servidores y de la mujer, levantóse del suelo, y sentándose sobre una cama ó tarima, aguardó el desayuno que se le preparaba. Tenia la maga en su casa un cordero cebado, y fué corriendo y le mató, y tomando harina la amasó y coció unos panes sin levadura, y lo presentó todo delante de Saul y de sus criados. El rey, pues, y

sus compañeros, tomaron algun alimento ántes de volver al ejército. Partieron luego y anduvieron toda aquella noche.

¿Debemos pensar que Saul fué víctima de los artificios de otro y de su propia credulidad, ó bien que Samuel se le apareció realmente? Lo que motiva la duda en esta parte, es que los intérpretes de la Escritura, andan divididos en opinión: y que la Iglesia no ha fijado dogmáticamente el espíritu de los fieles sobre el verdadero sentido del relato bíblico.

Por una parte nadie dirá que el escritor sagrado sea muy explícito, ni que su texto ofrezca una dificultad que debe necesariamente tener su desenlace en un prodigio. Así, cuando dice, de paso, que la Pytonisa vió á Samuel, ¿lo hace para conformarse con el lenguaje y opinión comunmente admitidos, ó bien para expresar una realidad, y dar él mismo la medida de su propia convicción? Quizá se propusiera tan solo dar cuenta de las apariencias, y no pronunciar su fallo sobre el hecho en sí mismo. En este último caso, la imaginación ó la astucia de la adivina, hubiera corrido con todos los gastos de la escena, á la cual hubiera dado todo el valor la simplicidad del rey; y de otra parte, no es difícil comprender cómo Saul en su desgracia hubiera podido ser engañado por una nigromántica. Todo el mundo está en el concepto de que las cosas visibles están ligadas con las invisibles por un lazo oculto y permanente. Por mas que el hombre halle un placer en nutrir en sí mismo un sentimiento de orgullosa independencia, todo le advierte sin embargo que se halla dirigido y gobernado por una fuerza superior, y ved ahí por que su alma se halla naturalmente abierta á la idea de lo maravilloso. El infortunio mas que todo despierta y desenvuelve en él este instinto poderoso, á manera de un naufrago, que asiéndose de los mas frágiles restos del naufragio, tiene la esperanza de encontrar allí la salud. Y, ¡cosa admirable! los espíritus fuertes, los siglos cultos y sábios no se hallan tan distantes como se cree de las vanas supersticiones y de las prácticas ridículas y pueriles; porque en general, hay mas propension de ser crédulo con la mentira cuando mas se ha llegado á ser incrédulo.

dulo con la verdad. No hay aún dos siglos que la astrología tenía en muchas naciones civilizadas de Europa numerosos partidarios, aun entre las clases superiores é ilustradas.

Por otra parte, nada impide, segun otros escritores, que se tome al pié de la letra el texto de la Escritura. Siguiendo su parecer, los ángeles malos, que al caer del cielo perdieron la felicidad, sin perder empero sus naturales formas, presentaron á los ojos de la maga un fantasma puramente ilusorio, vana apariencia destinada á mantener los ánimos en un pernicioso error; ó quizá tambien, prescindiendo de toda mágica operacion, Dios, por uno de los consejos de su providencia, hubiera enviado al endurecido Saul el alma de Samuel revestida de una forma sensible, para dar al desgraciado príncipe su último aviso, así como de un modo parecido se sirve de los sucesos ordinarios para recordarnos su poder y su justicia. Bien que no por esto debemos admitir, que el país de la luz, morada de los justos, se inmute ó altere por los encantamientos de la mágia, ó bien obedezca á la curiosidad de espíritus supersticiosos, ni que el globo terrestre cese nunca de ser gobernado por leyes sábias que tienden á prevenir y á reparar el desórden, léjos de autorizar el error y consagrar el mal, doblegándose á los descarríos de la libertad. Sea hombre, sea espíritu maligno, lo que escapa de la regla no por esto la destruye; la Sabiduría Divina resplandee en rayos de llama por sobre las imperfecciones de la criatura, cuyos depravados esfuerzos no pueden conseguir otra cosa sino manifestar á todas luces que la Providencia ha trazado con mano indestructible el plan de sus designios, cuyas líneas no alcanzan á traspasar las locuras ni los crímenes de sus criaturas. Cuando una tormenta, arrastrando sobre la superficie de la tierra, nos priva del resplandor del dia, y derriba y arroja á gran distancia las obras de nuestras manos, en la profundidad de los cielos el sol continúa brillando bajo su manto de luz, y las estrellas siguen pacíficamente sus armoniosas revoluciones.

Saul y sus compañeros habian tomado en Endor un alimento precipitado. Volvieron, pues, con presteza á unirse con su ejér-

cito, y pudieron llegar aun ántes del dia. Sea resignacion ó desespero, el príncipe volvió á encontrar en aquel momento supremo un resto de su antigua energía: morir con sus hijos al frente de sus tropas era la única senda de gloria que se abria delante de él desde aquel instante: en ella, pues, entró decididamente, á fin de preservar así de una postrer infamia el lustre de su nombre. Hay bienes, en efecto, que valen mas que nuestra vida, y que por esto Dios ha colocado bajo la guarda inexpugnable de la libertad humana, la cual puede siempre cubrirlos con su propia inviolabilidad y sustraerlos de este modo á los insultos de la fortuna: como aquellas substancias formidables que se echan en unos receptáculos de cobre, para hacerlos servir á los juegos de la guerra ó á los prodigios de la industria, pero, que, no consintiendo trabas sino hasta una medida dada, rompen y dispersan todo lo que intenta comprimirlos ciegameute.

No tardaron en tener su cumplimiento las palabras de la Pytonisa. Sabida es ya la sangrienta catástrofe de que fué víctima casi todo el ejército de Israel, que huyó delante de los filisteos, á los que tantas veces habia vencido. Vimos ya la firmeza de Saul en sufrir sobre su persona todo el peso del combate, y que resistiéndose su escudero en obedecerle para darle la muerte, él mismo se arrojó sobre su propia espada, asaz valiente para morir, pero demasiado débil para sostener hasta el fin la prueba de su infortunio inmenso. Vimos tambien la crueldad de los vencedores en colgar del templo de sus falsos dioses los restos ensangrentados de Saul y de sus hijos, y la bravura respetuosa de los hijos de Jabes en arrancarlos con peligro de su vida de las manos de los incircuncisos para tributarles los supremos honores. Vimos asimismo el castigo que dió David al amalecita que vino á noticiarle la muerte del rey y de sus hijos, y que alegaba por mérito el haber dado á Saul el último golpe para ayudarle á morir mas pronto. Habia entónces, como hay ahora, adoradores de todos los soles que se levantan; hombres á quienes el mas imprevisto suceso halla siempre de rodillas delante del afortunado, y que solo tiemblan de no hu-

millarse aun lo bastante á su presencia: almas mezquinas y abyectas, dispuestas siempre á hollar al desgraciado para abrirse una senda entre sus ruinas, y prestar vasallaje al nuevo ídolo; las revoluciones en sus vaivenes casi continuos, en sus conmociones inmensas, arrojan de esos hombres á sus orillas, como el mar escupe los cadáveres: estos son los primeros en todo, en ensalzar y en deprimir, en hacer pedazos hoy el ídolo que ayer adoraban. Llámense hombres de circunstancias, y abundan y aumentan en número, á medida que el helado egoísmo reemplaza el entusiasmo del honor, y el ciego y versátil espíritu de partido al cordial y sincero amor de la patria. El jóven amalecita aspiraba á sacar un partido de una desgracia, que si bien abría á David el camino del trono, lloraba éste con toda la fuerza de su corazón, como la muerte de su rey y una gran calamidad pública. Gloriábase aquel de haber cometido un sacrilegio, como de un acto meritorio. Pero halló su merecido, cuando David, señalándole la muerte como premio de su acción, le dijo: «Tu boca ha dado testimonio contra tí cuando has dicho: He muerto al Ungido del Señor.» Porque entre los judíos, los reyes escogidos por Dios y consagrados por los profetas ó por los sacerdotes, estaban revestidos de un carácter doblemente augusto y respetado.

Vimos por último el canto fúnebre con que expresó David su dolor públicamente en la muerte de Saul y de Jonatás: canto notable por aquella concisión enérgica y sublime con que el alma de un héroe celebra la muerte de otro héroe; dolor magestuoso y profundo, mezcla magnífica de recuerdos y ternuras, y en el cual se percibe aquel resplandor sombrío que brilla por entre los vapores del sepulcro en donde duerme el fuerte, semejante al colorido que supo dar el autor del Osian á los cantos de guerra y de muerte de los héroes tenebrosos del Morven.

Todo Israel repitió este himno, expresión del público sentimiento, y elogio legítimo de Saul. Este príncipe tuvo en efecto eminentes calidades: mostróse hasta el fin de su vida intrépido y liberal. Pero en cambio, su muerte quedó en la historia religiosa del

mundo como una lección dada á todos los poderes que, tráfugos de la justicia y por ella abandonados, reclaman en vano su salud de recursos miserables y estériles. El derecho es inmortal y sagrado, y tarde ó temprano encuentra un vengador; la fuerza es transitoria y ciega, y no es raro que aquel que es su árbitro invisible, la vuelva súbitamente contra lo que ella estaba encargada de defender. ¿Qué hay en la superstición, la cual de sí es mentira y debilidad, para prevenir ó detener los golpes descargados por una mano que es verdad y poder? Al contrario, un castigo reservado coje algunas veces á los que se empeñaron abiertamente en escapar de las manos de Dios, ó en suprimir su intervención en el mundo: y entónces su caída toma un carácter imprevisto y proporciones solemnes, que aparecen como una traza profunda del paso de la Providencia en medio de los acontecimientos humanos.

Para conclusión de las téticas escenas de Endor, nos ha parecido muy al caso trasladar aquí la escena III del acto IV del *Saul* de la señora de Avellaneda, que en tan bellos como valientes rasgos la describe. En esta reproducción deseamos que la distinguida escritora no vea mas que el aprecio que su bien acabada producción nos merece. A mas de que, nadie sabrá pintar mejor á una mujer, que una mujer misma.

ESCENA III.

SAUL. LA PYTONISA DE ENDOR. ABNER, *que luego se retira, y al final la sombra de SAMUEL.*

Pytonisa.

(*Se oye su voz antes de salir en la escena.*)

¿Por que arrancarme á mi pesar ¡oh insanos!
de mi triste mansion? ¡Dejad que huya!

Yo no conozco el mundo de los hombres:
de vuestro sol la lumbre me importuna,